

RUTA: SUDOESTE DE ASTURIAS
DE CANGAS DEL NARCEA A DEGAÑA. LA DANZA DEL
LARON. UNA BODA EN DEGAÑA.

POR

LUCIANO CASTAÑON

(Continuación)

Advierto que transcurre la mañana tontamente, y que la pierdo, pues en este pueblo no hago nada, sólo retrasar el tiempo en mi proyectado itinerario. Alguien me insinúa que “pare” camiones; es el consabido auto-stop, pero yo, repleto de complejos hasta los codos, no me decido. Son camiones que están en continuo hormigueo —es la palabra exacta— hasta las minas de carbón que hay en Rengos.

Cesa la lluvia y entonces paseo por Cangas: la iglesia oscura y sola, muy oscura y sola, con penumbra de mazmorra y soledad de indiferencia; alguna casa, exagerada ella, con nada menos que cuatro escudos en su fachada principal; a la entrada del pueblo, un busto del personaje ineludible —todos los pueblos tienen un personaje, y si no lo tienen, lo inventan—, pero en este caso sí que está justificado, se trata de José Francisco Uría y Riego, político que aprovechando su jerarquía hizo muchísimo en favor de Asturias en cuanto a vías de comunicación principalmente, hasta el punto de ser criticado en el Senado de parcialidad manifiesta hacia esta re-

gión; el plinto que sostiene el busto —excesivamente alto— parece bastante descuidado, como si se hubieran congelado los ánimos de los actuales cangueses hacia su benefactor.

Tenía yo leves referencias de un tal Fernando Blanco, coleccionista; había fallecido hacía algunos años, soltero, pero con familia —siempre hay algún familiar, y si no, los inventa alguien— que heredó sus cosas. Este señor adquiriría todo lo que se le presentaba, bueno, malo, regular o peor, porque el tiempo diría la última palabra en cuanto a su valor real; recibía constantes visitas —vendedores y compradores— y de él sospechaban algunos que no andaba bien de la cabeza cuando se dedicaba a adquirir tantas cosas, “cosas” por las que gente como el sereno —por ejemplo— no darían dos perras gordas. Pero D. Fernando Blanco sabía lo que hacía. Como dispongo aún de alguna hora muerta, voy a la casa del difunto coleccionista y no tienen sus familiares inconveniente en mostrarme lo que por allí hay, aunque antes, sí median, unas preliminares preguntas que sirven de tanteo o seguridad en lo referente al particular interés o la filiación de uno. Después de la visita al pequeño museo en el que ya faltan tantas cosas, me noto depresivo, percibiendo los latidos del corazón. ¡Ay! Las largas horas que yo pasaría ordenando aquellos libros ahora arrumbados —y otros que no se me mostraron—; cómo gozaría mi colección de bibliografía asturiana si pudiera recibir alguno de aquellos refuerzos que mostraban —a veces— sus títulos sugerentes en algún estante. En la casa, como se rumoreaba por el pueblo, existía de todo: bargueños —uno árabe, de “emboñar”—, bustos, pinturas, imágenes, cerámicas, sable japonés..., y muchísimos menudos detalles con carácter asturianista y de madera: tosca alacena, arcas, mesa, sillas, castañuelas, “palos” para hacer punto, cucharas, platos, coladores, fuentes... Días y días serían necesarios para satisfacer la vista, el entusiasmo y el lento placer artístico; y todo lo que se ve, tiene el paño, el toque de lo antiguo, sin la falsa apariencia de lo imitativo con que ahora se embauca. Existen, como se sabe, unas emociones que privan a uno de todo lo que no sean ellas mismas: una moza, un buen cante del sur, el dolor de un niño,

bueno, pues ahora esta visita me privó de lo demás que no fuese el gozo en el instante de la contemplación y en los minutos posteriores sentado sobre la silla de un local indiferente. Por aquellas cosas, por aquellos libros, apetece, sin más, arruinarse. Mi escasa labia hizo más corta de lo deseable la visita. Después permanecí traspasado de un plácido mareo, empapado de sedente inquietud, como si me aco-sase ladrador un perro y al mismo tiempo comprendiera que nada me sucedería, porque era un sueño.

Pasó ya la mañana. No llueve ni hace sol. La gente camina por las calles húmedas y en alguna plazuela hay campesinos ofreciendo frutos, hortalizas, granos; es el consabido mercado callejero junto a tiendas sacando sus mercancías hasta las aceras. Me acerco a la capilla de Ambasaguas —se juntan allí dos corrientes de agua y de ahí el nombre— porque me habían indicado que era antigua; no puedo entrar, y exteriormente no me es posible apreciar en ella nada de interés. Al regresar al pueblo noto que tras la puerta de un local están sujetando una vaca, como si fuesen a herrarla. Amarran su cabeza, y también sus cuatro patas a unos postes, pareciendo talmente que la quisieran descoyuntar. Inocente, pregunto si la van a herrar, y el dueño de la vaca, muy receloso, dice que sí. Me quedo y advierto enseguida que me mintió; van a hacerle un lavado intestinal, y como parece ser que lo harán camufladamente, me querían despistar. El “encargado” —o “curiosu”— unta sus manos en aceite, mientras tanto su hijo sostendrá un trapo tendido para que el posible líquido que expulse la vaca o bien que se derrame, no salpique las piernas del padre; el dueño del animal ha de tener en alto la jofaina donde está el medicinal líquido de un morado muy intenso; (cuando el hombre introduce su aceitado brazo por la cavidad posterior de la vaca, unos niños —amigos del hijo— que estaban al lado de la puerta —a mi vera— emitieron unos sonidos como de repugnancia —aunque tolerable—. El hombre que maniobraba, entonces, se volvió y renegó contra ellos y contra sus padres; con tales blasfemias, los niños se apartaron. En la pobre vaca, sin los cuidados higiénicos de un veterinario, palpataba la blanduzca carne que en otras

ocasiones tapaba el nacimiento de su rabo, amarrado ahora éste —previniendo estorbos— en un lugar alto. Entra el líquido en el cuerpo de la vaca. El dueño permanece serio e inmutable con cara de reo. El “encargado” actúa con la diligencia que le da su hábito. El hijo cuida de que el líquido que cae no salpique al padre, el cual no cesa de hacerle indicaciones. La vaca se contorsiona. Los niños de antes —que se acercaron nuevamente— murmuran. Yo miro. La palangana, las gomas, la botella con el aceite, la boñiga, un vaso con turbio líquido, los trapos sucios, todo está allí, en el oscuro, rectangular y tétrico zaquizamí.

Resulta raro por variopinta esta Cangas de Narcea en que me encuentro. Veréis, hay escudos antañones, vetustas paredes y tejados de pizarra con moho o musgo en abundancia, pero hay también cafés, cafeterías y droguerías voceando el último grito de los mosaicos, de los hierros, de los colorines, en fin, de la decoración más “novedosa”. Al lado de casas viejísimas —con sus peculiares corredores y todo— hay casas modernas en su concepción exterior. Se aprecia en la arquitectura general del pueblo cierto desajuste o desequilibrio; nosotros hubiéramos preferido que estas dos versiones urbanas tuvieran su propia vida en zonas independientes. Noto que algunos comercios viejos de Cangas conservan su tufillo americanista; veamos sus títulos de saber extemporáneo o exemigratorio: “Mercería y paquetería LA BRASILEÑA”, “Vinos EL GAUCHO”, y: “LA CRIOLLA, Comidas y Bebidas”. No faltan curiosos nombres de calles en Cangas, como: “Los dos puentes”, “Los dos amigos”. Y más detalles concernientes al pueblo: Viñedos —sí, viñedos— colgando por las laderas cercanas; carretera de tráfico hacia León; calle estrecha con tertulias en bares y unas mozas “despampanantes” luciendo explosivos peinados —¿por qué no?—; otra carretera con incesante movimiento de camiones carboneros; fachadas donde penden las argollas para amarrar las abundantes caballerías de los no escasos campesinos que por tantas razones han de bajar a la villa; casas escalonadas; y en la carretera un letrero indicando la dirección y la distancia a otro pueblecito ya mencionado: BESULLO, popular hoy por haber

nacido en él el ilustre comediógrafo Alejandro Casona, autor de una obra de teatro netísimamente asturiana y difícilmente superable, me refiero a “La Dama del Alba”.

Para entrar en el bar hay que bajar unos escalones; su dueño es parlanchín y me da la impresión de que también anduvo por las Américas; de vez en cuando atiende a algún parroquiano —campesino o trabajador— que pide un vaso de vino y con el que siempre, de manera inexcusable— cruza alguna frase: “¿Arreglaste el molino?” “¿Vendiste la vaca?” “Estuvo ayer aquí tu primo Celedonio”; y así sucesivamente.

Podemos anotar algún refrán más de los que se dicen en este concejo, por ejemplo: “Encarnao pa Burón, sol a trompón, por la tarde sí, de mañana non”; “Cuando el picu Monrondio se cubre de niebla, ta el tiempu de vuelta”, siendo Monrondio un monte cercano a Escrita, parroquia de Coto; este otro que alude a varios pueblos: “Pandiello y Folguerúa, Sestorraso y La Pescal, son cuatro pueblinos que no comen pan ni sal”; y: “Si vas a Besullo, lleva mendrugo”, queriendo decir que allí no encontrarás quien te lo dé.

Iniciase, pues, la tarde sin el estorbo de nubes, tarde descotada, con limpia y frescachona claridad. Por aproximarse la hora de salida de algunos coches, comienzan a merodear los viajeros por delante del bar —un espacio irregular con algunos raquíticos y esparcidos árboles sin ningún orden—; en un portal está el hombre que vende los billetes, lo que hace con desgana, nacida, parece, que de vagancia.

Llegan dos autocares y cada viajero ha de cerciorarse de cual es el que le corresponde; los autocares son viejos, están derrengados, y quizás por ello los chóferes examinan los sospechosos motores antes de ponerlos en marcha. Ocupo mi lugar; no hay mucho apuro, pero tampoco escasez tal de viajeros que permita la elección del asiento; abundan las mujeres con sus sacas y bolsas rebosantes de mercancías tan valiosas para ellas. Llega la hora —más o menos— y partimos siguiendo —contra corriente— el ton y el son del río Narcea —afluente del Nalón—. Enseguida empezamos a cruzar pueblos oscuros y aparentemente tristes en su desapercibida existencia;

algunos, al borde de la misma carretera, otros ligeramente apartados: Regla de Perandones, Cibuyo, Sestorraso, hasta llegar a Ventanueva, donde la carretera se bifurca: por la derecha se sigue a Ibias, por la izquierda, hacia Degaña. Antes de llegar a Ventanueva, brilla y aprieta el sol en algunos momentos, cayendo tesonero sobre las solitarias heredades verdes que se extienden a ambos lados de la carretera. Como siempre, en los pueblos hay personas que esperan al autocar, ya para subir a él, ya porque viene un familiar, ya, simplemente, por entretenerse con las caras que se asoman a las ventanillas. Se ven también, de vez en cuando, en alguna casa, las labores de trilla del centeno; no hay tregua en tales labores, que se han de hacer perentoriamente aprovechando el tiempo benigno —pero tan tornadizo en tales lugares—.

Pasada Ventanueva —una Venta, dos casas apenas— enfilamos por la izquierda la carretera hasta El Pueblo, pueblo éste llamado comunmente Rengos, pero que tiene oficialmente aquel otro nombre, ya que existen también —discriminatoriamente— Posada de Rengos y Vega de Rengos. Lo primero que veo en El Pueblo de Rengos son varios mineros en traje y color de faena; todos ellos llevan su lámpara, su bota de vino y su cayado; sorprende encontrarse tan al sur de Asturias estas caras negras, cuando es creencia común la de que la Asturias minera se limita a los valles del Nalón y del Caudal, —recordemos también las minas de Tineo, Cabranes, Teverga y otros concejos—. Hay en la carretera una indicación: “Al Monasterio de Hermo”; y se ve también un camino que conduce hasta Gedrez.

Abandono el autocar. En medio de unas casas y entre aquella gente desconocida, veo al otro lado del río a unos niños jugando a los bolos; me acerco a ellos, tras pasar un reguero, por si fuera el juego idéntico al que algún tiempo antes había visto jugar a otros niños en Santa María del Puerto (Somiedo); no es igual, pero tampoco es el habitual de los otros pueblos de Asturias; al parecer este también lo practican los adultos; consta de dieciseis trocitos cilíndricos de madera, y con una bola han de intentar derribar el mayor número posible de ellos, pero al mismo tiempo procurar que salgan

desplazados lejos los mencionados trozos —más allá de dos señales que hay—, y también la bola ha de pasar esas señales, pues si no, “quema”, y la jugada que se haya hecho, por tal circunstancia, no valdrá ningún tanto.

Noto que los “pegollos” —columnas— de los hórreos tienen aquí cierta particularidad; no son los comunmente piramidales que se ven en el resto de Asturias, sino, además de cortos, redondos y estevados, y no de madera.

Pido en la taberna proletario vino. Es el tabernero un hombre alto que al principio parece seco de carácter, pero que, cuando le hago preguntas, se torna bastante efusivo. El Pueblo, de que hablamos, de netamente campesino que era, dió un viraje hacia lo minero; antes se veían en él solamente las caras de los vecinos y sus hijos si no emigraban, pero ahora aparecen de continuo caras nuevas y ajenas al poblado que llegan buscando su vivir laboral, sin que sea necesario poseer unas tierras o hacer de aparcerero, como sucedía antaño. Aunque algunas minas son explotadas desde el año 1932, otras fueron inauguradas recientemente; veamos algunos nombres de minas próximas: Aumento, Gloria, Dos Amigos, La Rosita, Perfecta y Rufina... Entran en la taberna unos pescadores con sus truchas; hay alusión a frases pesqueras de lugares, tamaños y cantidades; algunas de dichas frases resultan incomprensibles, en su intención, para el forastero ajeno a lo que es cotidiano en ellos. En un rincón, sobre una mesa, un joven se esfuerza en componer un letrero que sirva de llamada y anuncio para las futuras fiestas del pueblo; allí permanece el muchacho —da lástima—, inclinado y aparentemente inmerso en su labor. El Pueblo de Rengos celebra su fiesta en Septiembre. Cada cinco o seis años celebran una típica danza, danza a la que se le viene dando —dicen los vecinos que no con entera justicia— el nombre de “Danza de Larón”. Cierto es que en este último pueblo también se baila; pero no tiene por qué llevar la danza en exclusiva ese nombre. Este año, en El Pueblo, quieren hacer la danza, y la bailarán doce hombres vestidos de blanco, con sombrero adornado con cintas de colores. Durante la danza se intercalan una especie de comedias que

representan los mismos danzantes, y para ello han de cambiar de vestuario, según el personaje que representen: juez, guardia civil, médico, etc.; son comedias incoherentes en verso ramplón, con coplas alusivas a veces a defectos o condiciones de vecinos; algunas de estas coplas o comedias que vienen de muy atrás, tienen como títulos: “El cambio de la burra”, “El General”, “Paca y Juanillo”. Veo al alcalde de El Pueblo que está entonces pasando a limpio los papeles de la obra, y preocupado por los ensayos del baile que comenzarán pronto; dice: “Yo enseñé el baile a las mozas de Cangas, las que ahora van bailándolo por esos mundos de Dios”, y con razón, presume de ello, aunque no se sienta considerado.

Entran en la taberna un padre y un hijo, andan pidiendo por los pueblos, y llevan consigo, como reclamo, dos raposos —reellenos de hierba— que dicen mataron un día antes. Se gastan bromas sobre la veracidad de la caza, la malignidad de las alimañas y la avaricia de algunos vecinos recompensando con una miseria la efectiva labor de los cazadores...

El río Narcea pasa joven por allí. El atardecer va apagando los tonos de las laderas esquinándose curvamente en recodos con caminos que los sesgan.

Pasadas unas horas, y para proseguir el viaje, subo a otro auto-car en el que hay de todo, verbigracia: guardia civil, mujeres con pañuelos floreados y ceñidos a su cabeza, una joven con unos pendientes que desde el primer momento despertaron mi atención, un borrachín —resultó tocayo mío— de boca alegre y ojos ratoniles, un chófer que está aprendiendo a conducir —y es el que nos lleva más o menos aconsejado por el titular—, un muchacho con un acordeón que, quizás porque nadie se lo solicita se pone a tocar, bueno, eso de tocar... Cada vez que este aprendiz de músico encoge o estira el fuelle del instrumento, se desprenden suicidas las notas chillonas y despedazadas; de su música sólo se sabe la canción que desea tocar, cuando la canta, pero así y todo no existe concordancia entre música y voz. Viajan también mujeres que, según ellas —no lo adivinaríamos nosotros— habían estado en Buenos Aires; y un hombre, vecino

del pueblo de La Viliella, que testarudo y testarudo se empeñó en contarme sus cuitas, a cambio, eso sí, de contarle yo —me las exigíó subrepticamente— las mías.

Hasta hace algún tiempo la carretera por donde avanza el autocar llegaba solamente a la Fuente del Rañadoiro, puerto frío e inhóspito, pero ahora ya continúa por este trayecto hasta Degaña, pueblo al que antes había que llegar dando un rodeo por Villablino, en la provincia de León, aunque, para quienes quisieran caminar, había senderos que suplían la carretera ahora construída. El autocar sube renqueante el puerto de Rañadoiro; por la ventanilla entra un aire fresco y cortante, propio de la altitud; a derecha e izquierda se ve una rala vegetación. Durante la ascensión prosigue la desbordante y resquebrajada música del acordeonista, el cual cuenta ahora con la colaboración de otros mozos amigos de la jarana, por lo que dan voces —creen que cantan— y alborotan hasta sentirse totalmente protagonistas.

Una vez el autocar en lo más alto, hay relevo de chóferes. Como viene un pronunciado descenso, se pone ante el volante el conductor titular, pues la Empresa debe considerar que nuestras vidas exigen ciertos conocimientos en la labor de conducir y entonces no debe exponerlas ante la posible ineptitud del principiante. En este momento puede tener validez el cantar alusivo a tal zona:

Viva Cangas, viva Cangas
y todo el río de Rengos,
en pasando el Rañadoiro
lo pintamos los cabreiros

Advirtiendo que llaman cabreiros a los naturales de Larón y La Viliella.

Hay un cambio total de panorama. Vemos muy abajo los dos pueblos citados. El descenso es agudo y preocupante. Densa paz se presagia en los hundidos poblados que bostezan dentro del vago atardecer, como acogidos con temor a los declives de las mudas y no fructíferas montañas. El autobús hace una breve parada en Larón. Al jo-

ven que me había soltado la madeja de sus preocupaciones: la mili, un camión, la esposa, la tía..., le señalo unos hombres que hay en la carretera, indicándole mi intención de ir a charlar con ellos —mi ansia de preguntar—, pero él me hace la advertencia de que no son asturianos, y poco lograré; al parecer son forasteros para la construcción de una carretera cercana. No quiero irme sin haber intentado el diálogo en el pueblo, y con este motivo visitamos a un hombre bastante anciano que está con unos familiares; sorprendido en su humilde casa, nos acoge con una frialdad deprimente y una negativa rotunda en cuanto a conversar; el que me acompaña me dirá luego exculpatorio: “Es que no quiere; cuando está de gracia, cuenta y cuenta cosas sin cesar”.

Quedó Larón en paz bajo la zarpa del bronco Rañadoiro imponiendo la antigua y ya superada dificultad de su paso; dos arroyuelos, el Rufaro y el Campetinos, siluetean el pueblo; algunas alturas acoquinan; el pueblo de Larón, titular de una danza asturiana que sirve de mensaje regional. Dicen en otros lugares: “Si van las nubes a Larón, lloverá o non”.

Reanudamos el viaje en un tercer autocar. Corre ahora la carretera abismal y pareja al río Ibias. Somos escasos los viajeros, tan pocos, que con tal número de clientes no es posible haga buen negocio la empresa. Se deja el concejo de Cangas de Narcea para entrar en el de Degaña. Hay un parada en el pueblo de Fondovegas —toponímico muy expresivo—; salen a la carretera gentes que se aproximan a recibir a los que llegan; como estos vienen de Cangas —¡nada menos!—, eso supone ya una aventura en cuanto a las sorpresas de las posibles adquisiciones; dos niños se pegan a los lados de un hombre que lleva varios paquetes; a los pequeños se les nota la alegría en el risueño mirar, en el dúctil caminar; les rebrota en la garganta y en los ojos la ilusión loca del sésamo paqueteril, —¿qué me traerá mi padre?— Y no sólo los niños: mozas se ven con la misma prendida ilusión de la ansiada espera. Anotemos este cantar alusivo a Fondovegas, que contiene al mismo tiempo los apodos de otros pueblos próximos:

Mataciervos en Cerredo,
xabalines en Degaña,
cisteiros nel Rebollar,
Fondoveigas lleva la gala.

Custodiados a derecha e izquierda por Los Poderos, La Granda, Valle del Agua, Las Bárcenas, La Raíz y El Rabadán, llegamos a Degaña cuando amanece la noche. El pueblo me produce una pobrísima impresión, no sé si influenciado por el momento. Otros pueblos, cabezas de concejo, como éste, tienen una plaza, cierto aspecto o prestancia rural de Ayuntamiento; a Degaña lo veo mísero y valetudinario. Hay algún local con luz paupérrima, aunque otra taberna está exageradamente desbordante de luz, como si en ella se concentrase la que falta en otras muchas casas del pueblo. En una taberna en que entro advierto que me sirven el vino en una cafetera, detalle que señalo como curioso o divertido y no crítico. A tales horas, es decir, con la llegada del recién autocar que me condujo, se recibe en el pueblo la prensa de Oviedo, o sea, las noticias que otros de "la misma provincia" leen antes o tras el desayuno, se han de leer aquí tras la cena. Hay fuente con placa conmemorativa haciendo referencia a la inauguración y demás, placa que vería luego en otros pueblos también con fuente, como símbolo —placa y fuente— de indigente prosperidad; casi sería mejor quitar la placa de allí, pues sirve de vergüenza comprobar que hasta la fecha indicada no hubo una fuente común en el poblado. Resulta ridículo que a la misma hora del mismo mes del mismo año y en la misma tierra, se inauguren una fuente para el uso comunitario de un pueblo y un Dispositivo Técnico Transformador. En Medio Minuto de las Condiciones Vitales Mortuorias de Millones de Seres Humanos.

Alguien, en Rengos, me había indicado la persona adecuada para posible comunicante de datos más o menos folklóricos. No tardo en hallar tal acompañante, que me acoge con ampulosidad atenta; pero luego, su posterior y excesivo servilismo limitaría mis movimientos; respirar sí me dejaba. Hablo también con el guardia muni-

cipal que dice tiene un preso en la cárcel, y ha de llevarle la cena; la orden de detención se recibió desde otro publo; Degaña, como otros pueblos cercanos, está lleno de hombres de otras regiones, gallegos principalmente, debido a las carreteras —pistas, dicen ellos— que se están haciendo, siendo la más importante la que une Degaña con Tormaleo, prosiguiendo desde aquí a Ibias, por El Boiro. Mi acompañante habla y habla como motorizado, no sé si por ser ese su hábito o si por estar algo contento; en su desbordada charla narra hechos de Toreno, el factotum que fue de todas las tierras de Cangas y su proyección hacia el sur; afirma que este conde Toreno no era un señor de horca y cuchillo como lo eran los de Tormaleo. Al parecer, cuando le nacía un hijo al conde de Toreno, citaba a los vecinos para saber con cuanto lo iban a dotar cada uno. Se pierde luego la memoria del narrador —arrugado, con ojos bailarines y andares indecisos— contando una ambigua historia del repetido Conde de Toreno, el señor de Tromedal, un hijo de éste, una carta que aquél le dió, más una mezcla de acontecimientos que tienen como fin el incendio de un palacio.

En Degaña es popular la casa llamada “del Capellán”. En las fachadas de dos casas existen sendos escudos, e intento saber de ellos, o verlos —lo que será difícil porque llega la noche y por los impedimentos que puedan poner los habitantes de las casas—. Llevo una linterna medio escacharrada que nos prestaron, mientras el acompañante me guía por las callejas. Ahora, caminando en lo oscuro, ¡qué largo me parece el pueblo de Degaña!. Creía no llegar nunca a nuestro destino. Pertenece el escudo a la familia de Francisco Alvarez Caballero; las gentes que ahora habitan la casa —con las que charlamos— no tienen relación alguna con la significación heráldica de tal escudo. Abandonamos la umbría y extensa cocina de la vivienda.

Desisto de ver el otro escudo. No puedo desistir sin embargo de pisar tal cual charco, ni de encontrar algún perro, ni de casi perderme, ante la sonrisa del acompañante, risueño de mi despiste. Me dirán luego los cargos del guardia municipal que cité, que además

de eso es: empleado en la Sindical, alguacil del Juzgado y portero del Ayuntamiento; suspira enarcando las cejas y en tono lastimero: "Ay, si cobrase por todas mis colocaciones diferentes". Mi acompañante, como dije, se muestra sumamente obsequioso, y en su rostro, un poco mefistofélico, aumenta con la noche el brillo de las luciérnagas de sus ojos activos como alas de colibrí.

Dentro de las tradiciones locales, pueden señalarse las de las bodas. La novia viste un "faldicho", o sea una saya, y un dengue, es decir, el manto; el novio y el padrino llevan anchas capas de paño pardo, y también sombreros amplios de ala; el novio busca a cuatro mozos, y provistos cada uno de su escopeta de pistón "corren la polvora"; por su parte la novia busca dos mozas con sus panderos para tocar y cantar, mientras otras dos hacen sonar las castañuelas; en casa de la novia se cantan estas coplas:

Despídete niña hermosa
de la casa de tus padres,
hoy es el último día
que de solterina sales.

Adiós casa de tus padres,
casa de las cuatro esquinas,
para tí ya se acabaron
las entradas y salidas.

En la puerta de la iglesia:

Felices y buenos días
al señor cura y los novios,
que con el Cuerpo de Cristo
desayunaremos todos.

A la salida de la iglesia:

Solterina fuiste a misa
ahora ya estás casada,
ya no puedes deshacer
el nudo de la lazada.

Casadina estás casada
con los libros de San Pedro,
la Virgen vaya contigo
y el Divino Sacramento.

(Continuará).